

No habló tan eficaz tal vez al Griego
el burlador de Circe cauteloso,
ni el que introdujo Paladión y fuego
á la corte de Priamo engañoso,
como si descubrir el cauto juego
al pueblo el animal obró insidioso,
tanto que en la verdad juzgan la funda,
según es la falacia de profunda.

Los prontos animales tal le atienden
que, ascendiendo á los árboles erguidos,
cuando del tronco como ramos prenden
unos de otros parecen producidos,
Los que en la tierra desigual se extienden
de hojas se juzgan cúmulos túpidos,
y en fin, tal multitud llegó al discurso
que se perdía el bosque en el concurso.

Carga les representa embarazosa,
peligro al duro lazo inevitable,
que por el suelo arrastra vergonzosa
la humilde, inútil cauda intolerable.
Su libertad les exagera airosa,
su aseó les propone incomparable
con que, ó corra país ó asalte sotos,
ni el polvo toca ni recela cotos.

Más produjera del astuto seno
si otra, de edad entonces floreciente,
penetrando á un dorado, allí el veneno
no le revela con ardid prudente;
y en argumentos de vivezas lleno,
frias las voces y el sentido ardiente,
porque feliz la eternidad la aplauda
no salva una cabeza en cada cauda.

Si en el que útil consejo has persuadido
dice, á la astuta corte numerosa,
propio interés no hubieses advertido,
nunca le propusieras oficiosa;
repara que ese bien que has discurrido
te nota recusada de celosa,
que el ingenio sagaz es lo que ofrece
agente de lo mismo que apetece.

Bien como á proa nave diligente
Eolo proceloso contradice,
Tifis altura inculca diferente
por obtener la que buscó felice.
Así el que infiel benéfico se miente
su propio fin con otro fin desdice;
mas al verse el ardid chocha en sí mismo,
y lo que antes fué rumbo ya es abismo.

Dijo, y para que más su juicio funde,
sus aplausos al monte da la selva,
y en esféricas ondas los difunde
porque en ondas esféricas los vuelva.
La mísera Vulpeja se confunde,
y la obliga el pudor á que resuelva
á una gruta entregar la duplicada
afrenta, de vencida y de truncada.

FÁBULA DEL CABRÓN Y DE LA ZORRA,

que escribió don Jerónimo de Monforte:

OVILLEJO

Una siesta, de aquellas del verano
en que del cielo el Can aprieta el diente
y despierta á latidos el Oriente,
de la media carrera fatigado
y en el Zenit sentado
(mientras Flegón y Etonte descansaban
y breve un pienso de su luz tomaban)
el auriga flamígero en el día
las crenchas de sus rayos dividía,
contemplando de Dafne la belleza,
el brío y gentileza.
Esto yo no lo sé; mas del efecto
imagino que el juicio hago perfecto,
y que de amor la causa fué evidente,
pues nunca se vió á Apolo más caliente.
De la segur se embota el corbo filo,
la sed en el arroyo busca asilo,
la escama su reposo,
la piel se acoje al pabellón frondoso,
la flor inclina su cerviz lozana,
la yerba se amilana,
sudan los troncos gomas derretidas,
las hojas se comprimen ateridas,
el ave se reduce al blando lecho
guardada haciendo de flexible techo
que artífice, en las ramas, sin destreza,
labró naturaleza.
En muda suspensión calmando el viento,
ni el vuelo gira ni se forma acento
de acorde pico, y en silencio tanto
sólo de la Cigarra se oye el canto
Cuando el goloso bruto que, encorvado,
de cuello erguido, de ojos espantados,
despreciando del valle la hermosura
apetece en la altura,

mejor que humilde grama,
 la elevada sazón de altiva rama,
 con codicia ambiciosa,
 por más difícil, no por más hermosa;
 cuando de la inquietud ya fatigado
 y de su propensión ejecutado
 al ocio se inclinaba,
 el que eminente daba,
 en berridos y pasos presurosos,
 ejemplo y desengaño á venturosos.
 Mas ¿para qué son frases ni rodeos
 que más que valen cuestan de acarreos?
 ¿Cuyo artifice, tarde ó mal, se explica
 lo que en la propia voz se significa?
 Y así proseguirá de aquí adelante
 en nombre del Cabrón. Nadie se espante
 creyendo hablo consigo,
 porque yo sé muy bien por qué lo digo.
 El Cabrón (como digo de mi cuento)
 de la cumbre cobrando el alimento,
 después de haber lamídola el copete,
 descendiendo á recostarse en el tapete
 que es vegetal huella de esmeralda
 y á rumiar los bajos por la falda.
 Aquí de un roble la robusta planta
 que al cielo se levanta
 con tanta magestad que, coronado
 por su rey, le venera humilde el prado,
 la entrada le impedía
 al sol, y entreteja
 de enmarañadas redes tan ameno
 y deleitable albergue, que su seno
 en húmedos aljófares guardaba,
 señas de que la Aurora le regaba.
 Parecióle al Cabrón acomodado
 para pasar la siesta, recostado
 en blando traspontín (que estos señores
 descansan solo cuando mullen flores),
 y diciendo y haciendo mansamente
 las corbas inclinó, sumió la frente,
 derribó sobre el lomo las dos puntas,
 y haciendo de los brazos tornapuntas
 para no maltratar el edificio,
 socarrón se tendió con grande juicio.
 De esta comodidad el tal gozaba
 y descuidadamente lo roncaba,
 cuando el leve rumor de paso lento
 á su oreja llevó chismoso el viento:
 erguida la cerviz, alza la testa,
 y la atención dispuesta
 á todas partes, en la tierra escarba
 haciendo campanilla de la barba.

Al tiempo que la Zorra presurosa,
 dejando de la caza la penosa
 fatigada tarea,
 el descanso desea
 y al retiro se acoge en el recinto
 del verde enmarañado laberinto.
 El pacífico bruto viendo el coso
 y que abreviaba el paso
 adonde él arribaba su estatura,
 erizó la figura,
 y para reprender tanta llaneza
 procuró sacar fuerzas de flaqueza.
 Mas ella, como astuta, reparando
 de su buen natural el genio blando,
 se le humilló, diciendo,
 que del calor huyendo
 con sus once de Zorra se venía
 á besarle la mano en cortesía.
 Templó la urbanidad el falso enojo,
 perdonó la lisura y el arrojo,
 al cuello de la Zorra echó los brazos,
 y en recíprocos lazos,
 por mostrar del amor fe verdadera,
 le dió dos hisopos en la pera.
 Hechas las amistades, le promete
 la soledad y el sitio dulce quiete,
 cuya ocasión gozando
 y distintas materias salpicando,
 empezó á ponderar la Zorra el fuerte
 afán de su miseria de esta suerte: —
 Oh! qué infeliz mi nacimiento ha sido,
 pues el cielo me ha dado por marido
 y bruto compañero,
 un Zorro aventurero,
 tan flojo y descuidado
 que no le soy deudora de un bocado!
 ¿Qué pollera me ha dado ni qué saya?
 Oh! mal haya él mil veces! Oh mal haya!
 Desde que nace el sol hasta que muere
 en ondas anegado (porque quiere
 dorar otro horizonte)
 desde la selva al monte,
 desde la ruda cima á la quebrada,
 ando siempre corrida y arrastrada,
 por ver si incauta acecho
 á la dormida liebre en blando lecho,
 al simple gusanillo en la ribera,
 ó al tierno recental en la pradera.
 Teniéndole á mi robo amenazado
 del pastor el cayado,
 la honda del vaquero,
 el diente del mastín y el perdiguero,

siendo de tantos mi defensa sola
 mover los pies y sacudir la cola.
 Oh! qué pena! Oh qué mal! Oh qué desdicha!
 iba á decir la Zorra susodicha,
 cuando salió al atajo el buen oyente
 diciéndola: detente,
 que según exclamando el alma roes,
 llevas la traza de llenarme de oes.
 Yo no puedo quejarme de mi suerte,
 pues tan feliz se advierte
 (prosiguió) que, en la selva ó en la roca,
 cuanto hay me viene y á pedir de boca;
 el manjar más sabroso y delicado
 que, ameno y delicioso, brota el prado,
 el agua cristalna y transparente
 que destila la fuente,
 cuanto se encierra en monte ó bosque umbrío
 se rinde á mi elección y á mi albedrío.
 Si quiero me recreo;
 mi fatiga mayor es el paseo;
 nadie me da cuidado; duermo y como
 observando dos cosas solamente,
 que como son diré: primeramente,
 para entrar en la choza ó la cabaña
 y no encontrar en ella lo que daña,
 debo desde la puerta
 gritar que me abran, aunque la halle abierta;
 con cuya acción, prudente ó prevenida,
 aviso doy feliz de mi venida,
 para que el bienhechor que me la ronda
 se me quite delante ó se me esconda.
 Luego, si por acaso ó negligencia,
 ignorando esta ciencia,
 se quedare del tal prenda olvidada,
 no debo preguntar ni decir nada,
 que en caso semejante
 el que quiere saber es ignorante.
 Esto mi buen Cabrón, la dijo vano
 en estilo cerril, en metro llano,
 y que todo aquel bien que refería
 por parte de la hembra le venía.
 Pero la Zorra, airada
 de escuchar una y otra cabronada,
 mudó conversación con el intento
 de gobernar el mundo, cuyo cuento
 por muchos tontos pasa,
 que no teniendo forma con su casa
 (que es en pequeña planta albergue inmundo)
 se la quieren poner á todo el mundo.
 Apenas tal especie hubo escuchado,
 el Doctor de la selva graduado
 alabó el pensamiento,

tomando el parlamento
 á su cargo, con fin de hincar el diente,
 que era el Cabrón de genio maldiciente.
 En fin, él comenzó y en las paradas
 daba también la Zorra sus puntadas,
 llevando en aquel punto
 el superior gobierno por asunto,
 que, aún en hechos gloriosos, las acciones
 no están libres de Zorras y Cabrones.
 Murmuraban los dos, largo y tendido,
 y al calor añadido
 el gasto de saliva que tuvieron,
 proseguir no pudieron
 en su civil quimera,
 por falta de humedad, de tal manera
 que la sed del aliento les privaba,
 y el mundo se quedó como se estaba.
 Recurrieron al agua presurosos,
 y á un círculo llegando calurosos
 que, en profunda oquedad, la arquitectura
 de natural rotura
 memorias del invierno conservaba,
 sin advertir que estaba
 difícil la salida, mentecatos
 al fondo se arrojaron como patos.
 Bebieron sin anises infinito;
 y después de saciado el apetito,
 cuando subir quisieron
 el imprudente error reconocieron.
 Brincos la Zorra daba,
 el Cabrón se empinaba,
 ella se lamentaba con ahullidos,
 él ponía en el cielo los berridos,
 por ver si le sacaban
 algunos de los muchos que le honraban.
 Pero viendo burlado su respeto
 y toda diligencia sin efeto,
 haciendo de las suyas ejecuta
 la Zorra, como astuta,
 el mayor y más grande barbarismo
 que en sus anales cuenta el Cabronismo.
 Díjole: amigo mío, desgraciado
 compañero empozado,
 para salir de aquí sólo hay un medio,
 y sin él yo no encuentro otro remedio:
 si tú en el suelo los dos pies fijaras,
 y en la pared clavaras
 las hendidas escarpas de las manos,
 remontándome yo en tus cuernos vanos,
 como escala portátil, se asegura
 salir de aquesta triste empozadura;
 pues, desde arriba, asiendo

el blasón de tus armas reverendo,
 te podré remolcar como barquilla
 que sale por el cable hacia la orilla.
 Creyóla simplemente el majadero
 y, de triste pasando á placentero,
 escala organizada la previene
 y en la testa á la Zorra la mantiene
 con grande mansedumbre,
 sufriendo como había de costumbre.
 La Zorra que su ardid notó logrado
 y vencido aquí el riesgo amenazado,
 en lugar de ayudarle,
 formas buscó diversas de burlarle
 haciendo la mamola
 el pestilente asperges de la cola.
 El de su ingratitud la reprendía,
 y la pared del pozo airado hería
 procurando, al dolor de su desvelo,
 mover la tierra, enternecer el cielo.
 Cuando con regocijo,
 acudiendo al moral, la Zorra dijo;
 si tanto como barba hubieras seso,
 no te vieras en eso,
 cabronazo sufrido.
 Y de aquí en adelante, ten sabido
 que el prudente varón debe, primero
 que al principio, mirar al paradero.

Aquí concluida está, y aun rematada
 la obra que en Esopo vi cortada;
 repulgada (aunque mal) un tanto cuanto,
 y también con ribetes por el canto;
 con que queda en la fábula citada,
 la Zorra escarmentada,
 el Cabrón castigado,
 el Gobierno vengado,
 y yo quedo también sin plata y loco,
 con salud, á Dios gracias, que no es poco.

Después que se leyeron las Fábulas, escribieron de repente,
 la descripción de lo que pasa en una portería, torno, locutorio y
 demás lugares de un convento de monjas en metro de endechas.

Y escribió éstas el licenciado don Miguel Cascante:

Triste de la que vive,
 encerradita y sola,
 entre escollos de viejas
 que son del mar las rocas;
 (á un galán le decía
 una niña de monjas,
 que busca en sus halagos
 un favor de limosna).
 Sabe que yo no puedo
 dejar de ser golosa,
 pues amor á mi gusto
 le brinda una lisonja.—
 Y dice la portera:
 vaya adentro, señora,
 no escandalice al mundo
 ni tampoco á las monjas.—
 Y furiosa responde:
 ¿qué quiere? Que sea boba?—
 —Vaya á cuidar del mono,
 deje holgar á las mozas—
 interrumpe un negrito
 á las dos que, traidoras,
 pretendían ser éco
 de una urraca habladora.
 —Ah, de adentro! repite
 el que le hurtó á la Etiopia
 lo negro, para blanco
 del que su intento logra.
 Llámeme á doña Urraca,
 también á doña Flora,
 que les traigo un recado
 de voz de pepitoria —
 Aquí sale fruncida
 una mulata ó chola:
 —¿quién llama de la puerta?
 mala está mi señora.
 —Chola de Lucifer,
 le responde una monja;
 ve á llamar á otra parte
 que aquí no somos sordas.—

Una mulata dice
 al que la puerta toca:
 —Oh! qué fresco que viene
 el de la capa rota!—
 El atufado dice
 á la perraza loca:
 —vaya á pulir el moño
 con diente de cebolla.
 —Guál, qué fresco y qué grave
 viene! y no tiene forma
 de comprar un negrito
 de brea ni de borra.—
 Qué reverenda sale
 una vieja culona,
 á pedirle tabaco
 metiéndose de gorra,
 á un hombre de pescuezo
 de aquellos que se entonan,
 cuando dicen —¿qué falta?
 lo que falta es la mosca.—
 Y responde fruncida
 una niña golosa;
 —lo que falta es el gusto,
 que lo demás me sobra.
 —Ah! señor mercachifle,
 le dice una fregona,
 tiene para mi gato
 puntas de poca costa?
 —Sí tengo; más son caras,
 y es usted de la tropa,
 que nunca compran puntas
 sino de las *chiflonas* (1)
 Bien sé no me conoces,
 que, á saberlo, tu boca
 no fuera tan maldita,
 no fuera tan babosa.—
 Doy fin á las endechas,
 y si quieren más coplas
 paguen al amanuense
 que es el que á mí me sopla.

Del marqués de Brenes:

Ay! Pobre musa mía,
 que á las monjas te entregan!
 Luego empieza á sangrarte,
 y sea de la lengua.

Y cuenta lo que pasa
 allá entre ellos y ellas,
 entre rejas y tornos,
 y cuenta con la cuenta.

(1) *Mercachifles* y *Chiflonas* era el nombre con que se conocía en Lima á los que iban, á la portería de los monasterios, á vender géneros, cintas, encajes y otros artículos.